

H O M E N A J E

# La compañera Julieta

**PATRICIO HALES DIB**

Diputado del PPD.

**C**onocí a Julieta Campusano un día frío de 1969, cuando era senadora del Partido Comunista por Atacama y Coquimbo. Ese día, muchos estudiantes universitarios llegamos a apoyar a los obreros del complejo industrial Cerrillos, vecino a la Facultad de Arquitectura, que se preparaban para participar en una huelga nacional. Asocio su recuerdo físico con su estatura moral. Su entereza política estaba en consonancia con su actitud altiva y su mirada firme y amable. Esa vez la escuchamos casi con veneración.

A mediados de 1988, fui a verla a su casa y le propuse que fuéramos juntos a inscribirnos en los registros electorales para votar NO contra Pinochet en el plebiscito. Aceptó de inmediato. No tuvimos que recordarnos que la dirección de nuestro partido rechazaba la idea y llamaba a boicotear ese plebiscito. Ambos estábamos muy convencidos del paso que íbamos a dar, pero también preocupados. La posibilidad de derrotar al dictador con el voto requería valentía y conducción política para atreverse a romper con la desesperanza y la confusión.

Teníamos algo de pena por la incomprensión que seguramente nuestro gesto provocaría en muchos de nuestros compañeros, pero teníamos la alegría de que nuestra decisión favorecería la lucha por la democracia. La inscripción efectivamente alentó el proceso de movilización democrática.

No fue necesario advertirnos mutuamente que deberíamos ser valientes, porque íbamos a sufrir la descalificación de algunos sectores de izquierda que creían que la dictadura caería con otras formas de lucha.

A su lado, tuve la sensación de caminar con la historia, con Recabarren y Lafferte, con Fonseca, Godoy Urrutía, Chacón, Contreras Labarca, que construyeron en Chile un poderoso movimiento social y político.

Vuelvo a recordar su serenidad aquel día de huelga junto a los obreros. Había un correlato entre su conducta y su imagen. La blusa blanca, el moño de pelo toma-

do, la cuidada sobriedad de su ropa, la altivez de su cabeza, eran la encarnación de su autoridad política en la izquierda chilena.

Con razón yo estaba nervioso 20 años después, cuando Julieta Campusano subió a mi auto para liderar juntos la disidencia. En el trayecto hacia el Registro me hizo notar que Ñuñoa era domicilio mío, pero no de ella, y que si daba su dirección real fracasaba la operación de inscribirse. Me avergoncé de no haberlo previsto, y le propuse: Avenida Grecia 1970. Y así, la ex senadora quedó registrada para votar como si estuviera viviendo en la casa de mi padre frente al Estadio Nacional. "Habría que haberle avisado a algún periodista", dijo, consciente del paso que daba. "Tranquila, compañera, que eso está listo".

Firmó pausadamente el libro de registro. Se veía tranquila y contenta al hacer declaraciones a las radios y diarios. Al día siguiente, nuestra fotografía salió en la portada de El Mercurio.

La llevé de vuelta a su casa en la comuna de Estación Central. Me hizo pasar a conversar en privado a su dormitorio. Dijo que imaginaba cuales eran mis sentimientos en ese momento.

Me alentó a ser fuerte, a enfrentar la discusión interna y a no aceptar las descalificaciones, esos dolores personales que tengo el privilegio de conservar conmigo.

Julieta Campusano parecía tener ese brillo con que los personajes de Rembrandt oscurecen el ambiente que los rodea. Escuché esa vez sus consejos para enfrentar los efectos emocionales del debate que vendría. Recibí una atención casi maternal de su parte en esas horas.

Retengo su imagen de sencillez y dignidad al recordar hoy la batalla que tuve el privilegio de dar a su lado.

*La blusa blanca, el moño de pelo tomado, la cuidada sobriedad de su ropa, la altivez de su cabeza, eran la encarnación de su autoridad política en la izquierda chilena.*

**Resumen de la intervención en el acto de homenaje a Julieta Campusano en el Salón de Honor del antiguo Congreso, el 6 de junio de 2003.**